

SIMPLEMENTE UNA MUJER IRENE ALANOCA

Marlene Chura Alejo

Una vida es muy valiosa y más si esta es la vida de una mujer como Irene Alanoca, campesina, madre, promotora y dirigente; una vida como la de ella pasa a constituir para quienes la conocieron y quienes la conocerán, a través de este pequeño artículo, un ejemplo del constante batallar en la vida, del no dejarse vencer por los días nublados, el trabajar con empeño y voluntad por salir adelante a pesar de las adversidades, el vivir con entusiasmo e irradiarlo a su familia, su organización y su comunidad; es por eso que la vida de Irene Alanoca es más que un simple caminar en la existencia.

Irene Alanoca Mullo nació en 1957, en la comunidad de Alto Mullo Pata, del Centro Poblado de Huapaca, a 120 kilómetros de la ciudad de Puno en el distrito de Pomata, provincia de Chucuito y departamento de Puno, donde fue su primer hogar. Perteneció a una familia numerosa, de siete hermanos, tres varones y cuatro mujeres; sus padres campesinos fueron Policarpio Alanoca y Asunción Mullo.

Perteneciendo a una familia de condición media, Irene tuvo que aprender desde niña a trabajar duro para sobrevivir, así desde su juventud comprendió la dureza de la vida para la mujer campesina, pero esto no la atemorizaba. Los campos la vieron pastear el poco ganado que tenía su familia, y por las madrugadas, como todas las niñas aymaras, se levantaba al mismo tiempo que su madre

a preparar la sopa de patasqa, mientras el sol iba irradiando la oscuridad. Había que servir a los hermanos y al padre, para que fueran a trabajar a la chacra y a la escuela, ya que ella también esperaba con entusiasmo la hora de ir a aprender a Huapaca; aunque la distancia no era muy corta, ella ya estaba acostumbrada a caminar y lo hacía con gusto por ir a estudiar.



La mayoría de mujeres campesinas concluyen solo sus estudios primarios, en muchos casos por factores económicos o porque llegan a formar pareja; sin embargo, para Irene ninguno de estos dos motivos fueron obstáculo para concluir sus estudios secundarios, ya que ella quería superarse, a pesar de pertenecer a una familia de escasos recursos económicos y a pesar de haber tenido que interrumpir sus estudios por tener que ir a trabajar a Juliaca, Puno, Arequipa y Tacna como servidora doméstica. Su familia, como gran parte de las familias campesinas, atravesaba problemas económicos debido a la sequía. En estas

circunstancias conoció a Anastacio, quien sería su esposo. Ella era una joven muy alegre y entusiasta, así que ya casada y con un hijo, estaba decidida a concluir sus estudios ¹ "... Pero su esposo era celoso y muchas veces le pegaba cuando Irene estaba terminando la secundaria"; soportar estos maltratos, su recargado trabajo (cuidar a los hijos, cocinar,

trabajar en la chacra y pastear el ganado) y estudiar en estas condiciones era un reto para una mujer, madre y campesina, reto que Irene logró vencer culminando sus estudios a pesar de todos los problemas que tuvo que enfrentar. Esto significó un logro para ella, y más cuando al año siguiente tuvo la oportunidad de ser promotora de Wawa Uta (Casa de niños), gracias a que sabía hablar castellano y tenía sus estudios concluidos. El esfuerzo no había sido en vano y ahora podría contar con un ingreso económico, con el cual aportaría a la economía familiar, que aunque fuese poco, significaba mucho para ella y por ello se desempeñó con eficiencia y voluntad, pues sus tareas eran recargadas y ya era madre de dos hijos. Su trabajo era difícil, pero su esfuerzo era mayor, por ello, la comunidad la reeligió como promotora de Wawa Uta, cargo que tuvo hasta su desaparición por más de 6 años. Es así que trabajando de Promotora, Irene pasó a integrar el Club de madres de Tarapoto, donde las señoras la llegaron a apreciar por su trabajo y su compañerismo. Así nos lo refiere Flora Chipana: "era bien querida por las señoras, trabajaba conmigo, le gustaba impulsar actividades ...".

En 1988, cuando el proyecto Mujer Aymara y Comunicación inicia su trabajo con el Club de Madres de Tarapoto, conocemos a Irene Alanoca Mullo como socia del Club, reconociéndola por su participación en las reuniones, con mayor frecuencia que las otras señoras.

A Irene le gustaba dar a conocer sus opiniones y por ello siempre que podía estaba presente en las reuniones. Las señoras la respetaban, tanto así que, cuando la institución ARUNAKASA propone realizar un Primer Intercambio Cultural a Cusco, para el cual deberían ir señoras elegidas por las bases, es elegida; viajando conjuntamente con otras delegadas. A pesar de que en un primer momento tuvo problemas con su esposo, quien no estaba de acuerdo, Irene solicitó a las bases que su suegra pudiese viajar con ellas y de esta forma su esposo le permitiría realizar el viaje. Aunque no era justo para Irene, fue la única solución que encontró a este problema.

Al regresar del Intercambio a Cusco Irene tenía otra visión; ahora decía que los problemas de marginación de la mujer no se daban solo en el sector aymara, sino también en el quechua, y por ello estaba convencida de que debían fortalecer su organización.

También había conversado con las mujeres quechuas y observó los problemas de pareja, lo cual la hizo reflexionar y la motivó a dialogar con su esposo, lo cual no siempre había sido fácil entre ambos. Su esposo era muy celoso y esto dificultaba el entendimiento, sobre todo cuando se trataba de dialogar sobre el número de hijos.

En 1992 año en que se organizó el Intercambio con Alemania y donde al igual que en los anteriores intercambios las bases debían elegir a las delegadas que representarían a su organización. Irene fue elegida representando a Tarapoto, pero esta vez, la decisión no fue fácil, ya que se trataba de un largo viaje, a un país lejano y desconocido. Este viaje motivó muchos comentarios y especulaciones, principalmente por parte de los varones en las comunidades del distrito de Huacullani, comentarios que atemorizaban a las señoras, pues los varones decían que el avión no era seguro, que morirían en el viaje; esto causaba preocupación a las señoras sobre todo cuando pensaban "¿que será de mis hijos si muero!", "¿De mi familia!". Luego de reuniones de preparación para el viaje con las señoras y de haber dialogado con sus esposos, ~~pudieron~~ conseguir la autorización .

Para Irene no fue muy fácil decidir viajar puesto que su esposo no quiso darle su autorización y por otro lado ella tenía mucho temor y desconfianza, influenciada por los comentarios que había escuchado. Pero a pesar de todo ello Irene decidió viajar

Al llegar, las Alemanas las recibieron con mucho cariño y les dieron todo tipo de atenciones. Mencionan sobre todo que había mucha comida, lo cual hacía que Irene pensara en sus hijos. Según relatan, Irene decía ² "mis hijos estarán sufriendo por la comida, ¿cómo otros pueden vivir en un

paraíso y nosotros allá todos olvidados, maltratados, y aquí hay todas las facilidades”.

A Irene le impresionaba la fluidez de carros, admiraba el transporte (metro, tren eléctrico), le sorprendía la comodidad de las casas. Ella se quedaba admirando los campos verdes, llenos de variedad de cultivos y le daba tristeza pensar en los cerros secos y rocosos de Tarapoto.

Aún estando lejos y rodeada de tantas atenciones ella pensaba en sus hijos, su esposo, sus animalitos, su casa, su chacra, ya que sabía que su esposo no podía ocuparse de todo; porque en el Perú y en Tarapoto hay tareas diferenciadas para hombres y mujeres y eso le preocupaba a Irene, quien en ocasiones expresaba³ “¡qué va hacer mi Anastasio! En este país no hay diferencia entre hombre y mujer, ¡cómo esos hombres llevan a las guaguas! aquí todo es igual!” manifestaba.

De esta forma Irene había observado todo con mucha atención, haciendo comparaciones que le sirvieron para valorar, criticar y autocriticar su cultura, y esta nueva cultura que estaba conociendo.

Al llegar el momento de volver a su tierra, su forma de pensar y de ver las cosas ya había cambiado; algunas de sus conclusiones eran las siguientes:

Ella no volvería a dejarse llevar por “habladurías, que le habían hecho desconfiar”.

“Todos somos iguales -decía-, hay que hacer respetar nuestros derechos”⁴ “cómo en nuestro país hasta las guaguas insultan a los gringos, aquí nos tratan bien, hasta en Lima nos maltratan por ser campesinas, pero aquí hasta el alcalde nos ha declarado Huésped Ilustre ¡aquí todos somos iguales!”.

“Hay que conversar con el esposo para planificar la familia”.

A Irene le apenaba regresar, ya que tendría que volver a pensar en el aislamiento del campo, en las necesidades insatisfechas de su familia y su comunidad; pero le alegraba volver a ver a sus hijos,

a su familia, sus animales y su chacra. Al llegar a su comunidad Irene se encontró con una afectuosa recepción por parte de su organización, la comunidad y su familia, ella se emocionó y señaló que le hubiera gustado compartir lo que ella vivió con sus hermanos y hermanas. En su ausencia su esposo no pudo cuidar de su hogar como Irene lo hacía; sus “chanchitos” se habían muerto; esto molestó y apenó a Irene, pero le reconfortó ver que sus hijos se encontraban en buen estado. Irene se reintegro a sus actividades y a su cargo como promotora.

Ella llegó con otra forma de pensar; quería buscar el diálogo con su esposo, para planificar su familia, en vista de que ya tenían cuatro hijos; esto no fue posible ya que en la mayoría de las familias campesinas no se dialoga, sobre todo cuando se trata de planificar la familia, tema que molesta a los varones, y el esposo de Irene era uno ellos. Pero Irene empezó a preocuparse, mas cuando se dio cuenta de que nuevamente estaba embarazada. Ella no quería tener un hijo más porque la situación económica no era favorable. Fue entonces que empezó a preocuparse y esto motivó el aislamiento de sus actividades en la organización. Luego de muchas discusiones con su esposo y al no encontrar una solución a su problema, Irene, influenciada por otras personas decidió abortar, creyendo que era su única alternativa. Un mal aborto provoco el fin de su vida.

La vida de Irene Alanoca, mujer aymara, madre campesina, sería como la de muchas otras, golpeadas por las circunstancias de la vida y olvidadas por el tiempo; pero su vida, su lucha y su final nos permiten ver una de las principales causas de mortalidad femenina. El aborto, -problema ampliamente discutido y legislado- prohibido, pero experimentado por miles de mujeres, realizado siempre con duda, temor y desesperación, dependiendo su éxito de la ubicación socio-económica, siempre con una misma consecuencia, la muerte. No juzgamos a Irene por la decisión que tomó ella, ya no está con nosotros. Lo ocurrido nos ratifica en el compromiso que continua trabajando

por una relación más equitativa entre hombres y mujeres, por afirmar a las parejas y a las familias campesinas como espacios democráticos de planificación y vida.

Las mujeres de su organización la extrañan y les duele haber perdido a Irene, tratando de comprender lo ocurrido dicen,⁵ "...a veces tenemos bastante pena para tener más hijos, es difícil mantener a los hijos en tiempos de sequía, tal vez por eso Irene había arriesgado su vida".

Las condiciones de vida en el sector rural no son favorables, ya sea debido a las inadecuadas políticas agrarias como también a la dependencia de la agricultura y ganadería de las condiciones climáticas; por otro lado la desvalorización de los productos agropecuarios, las malas condiciones de las vías de comunicación, la ausencia y precariedad de los servicios de salud y educación, son los factores que condicionan la migración, principalmente de la población masculina, produciéndose así la feminización del campo, que además de recargar el triple rol que desempeña la mujer hace que ella asuma como responsabilidad exclusiva la de alimentar y educar a sus hijos en tales condiciones. Por lo cual es una preocupación constante de las mujeres el número de hijos que van

a tener. Esto nos motiva a pensar que aún hay mucho por hacer y a sentir la necesidad de unir esfuerzos en esta tarea.

El 29 de junio de 1993 tuvo su final la vida de Irene Alanoca, quien no había pensado culminar de esta forma su vida, para quienes la conocieron, quedará en el recuerdo, y será la añoranza continua para sus hijos, a los cuales las circunstancias de la vida les negaron la oportunidad de crecer con el cariño y cuidados de su madre, emprendedora, dispuesta a luchar por salir adelante, por ser una madre, ejemplo para su familia y su comunidad. Su corto pero marcado caminar en la vida ya constituye un motivo para mirar nuestras propias vidas y trabajar por ella de una forma distinta.

- 1 Testimonio de Flora Chipana, con quien viajó a Alemania y frecuentaba su hogar.
- 2 Testimonio de Rosa Palomino
- 3 Testimonios de Rosa Palomino
- 4 Testimonio de Rosa Palomino, quien la conoció desde 1988 hasta 1993 y viajó con ella a Alemania.
- 5 Testimonio de Flora Chipana, viaje con ella a Alemania y frecuentaba su hogar.



Irene en la flor de la vida

IRENE ALANOCA

Septiembre 1993

Rosa Elena Maldonado,

*Pudo no tener un nombre y ser
como miles de mujeres anónimas
con muchos hijos y otros tantos silencios
en el vientre.*

*O pudo ser una más de las cruces
sobre la montañita de tierra andina.*

*Pero Irene con su mirada oblicua no quiso
ser una cruz temprana de madera astillada,
ni una mujer con infinitos cansancios
y de tanto andar camino,
buscó una solución en la vida misma
y en una de esas erratas del destino,
sacrificó la suya .*

*La conozco solo en blanco y negro
o bajo los colores brillantes de una revista.
Sentada sobre la hierba, con la lliclla sobre la
espalda y el honguito negro balanceándose a
su ritmo,
aparentemente lento pero cadencioso.*

*Irene escribe diligente sus notas sobre la
tierra de Franconia.*

*Sonríe apenas, con sus años jóvenes y piensa
en sus hijos que
estarán mezclados con la arena, polvo y piedras.*

*En sus ojos inclinados guardó subyugantes
escenas
verdes y amarillas
insospechadas, las gavillas de heno bien
ordenaditas,
listas para el granero, el pasto limpio del
verano,*

*los grifos metálicos brillantes de agua serena,
guardan sus pupilas los veloces trenes blancos
y habrá recordado a otras mujeres,
conduciendo tractores, que trabajaban tanto
como ellas.*

*Con sus trenzas largas y su pollera azul,
Irene se fue y se fue a seguir en la brega.*

*Subía su montaña para hacer danzar el
sombrecito
sobre su cabeza de sueños y bajo ese frío
melancólico de la puna
habrá ido al mercado un sábado y otro
a vender las bolsas y los sacos tejidos por las
mujeres,*

*se habrá reído con esa risa indescifrable.
En su deseo de cambiar un mundo, que nada
tiene de redondo,
habrá cortado el fruto de su memoria,
una memoria rota ahora para la eternidad.
Irene no volvió más de un mal aborto, sin
asepsia ni control
y con la hemorragia y la fiebre de otra vida
se derramó la suya.*

*Irene Alanoca, una mujer de un solo mundo,
estará detrás de un árbol
o bajo una cruz de madera astillada con su
nombre y sus 31 años.*

*La habrán llorado sus hijos en medio de esa
soledad andina
¿quién contará luego su historia?*

